

una energía y una perseverancia que dominan á las cosas y á los hombres; y por efecto de esas prendas pudo vencer los obstáculos que encontró en su misión. Los protestantes han empequeñecido al apóstol de Alemania, así como rebajaron al papa Gregorio. No queremos responder á las acusaciones de violencia, de ignorancia y de fraude que han dirigido contra Bonifacio (1), y que son una triste prueba de la obcecación de las sectas. Los protestantes han convertido en un crimen el celo del apóstol de la Alemania por la autoridad del papa, siendo de lamentar que esas recriminaciones hayan encontrado eco en el seno de la Iglesia gálica (2). Su abnegación era real; pero era tan poco ciega, que Bonifacio reprochó alguna vez al papa sus culpas, instándole á corregirlas (3). Después de todo, la dependencia de la Iglesia alemana era una necesidad. ¿Acaso no tenía el papado por misión el educar á las poblaciones bárbaras convertidas por el apóstol de la Germania? ¿Era posible una Iglesia alemana en el siglo VIII? ¿Podía ser fundada una Iglesia cristiana por una nación pagana?

Un teólogo católico reprocha, no sin razón, á los escritores protestantes su ingratitud para con el bienhechor de su patria (4). Bonifacio inició á la Alemania en la vida intelectual al propio tiempo que en la vida moral. Una colonia de monjes anglo-sajones fué la encargada de la instrucción de los Bárbaros, y la educación de sus mujeres fué confiada á religiosas. Una de éstas merece un lugar en la historia de la civilización al lado de Bonifacio: *Lioba* fué la institutriz de las mujeres de la Germania. Educada en un monasterio inglés, "se aplicó, dice su biógrafo, más que al trabajo manual, á la Escritura Santa. Á más del Antiguo y Nuevo Testamento, conocía los escritos de los Santos Padres, los decretos de los concilios y el derecho eclesiástico.", Bonifacio fundó para ella el monasterio de Bischorheim, que proveyó de superiores á todas las abadías germánicas (5).

(1) MOSHEIM, *Hist. eccl.*, siglo VIII, 1.ª parte, c. 1. — HENKE, *Geschichte der christlichen Religion*, t. 1, p. 492. — GIESLER, *Kirchengeschichte*, t. II, p. 22.

(2) *Hist. literaria de la Francia*, por los Benedictinos, t. IV, página 106.

(3) BONIF., *Epist.* CXXXII, p. 183. — GUIZOT, loc. XIX.

(4) BERGIER, *Diccionario de teología*, en la palabra Alemania.

(5) *Vita S. Liobæ*, en MABILLON, *Acta Sanct. sæcul.* III, P. II, página 251. — NEANDER, *Geschichte der christlichen Kirche*, t. III, página 104.

La influencia de Bonifacio no se limitó á la Alemania: sometiendo á la silla apostólica las poblaciones cristianas de la Germania y de las Galias, contribuyó á fundar el papado, el cual, como órgano de la Iglesia, fué el elemento civilizador de la Edad Media; y la civilización, nacida del contacto del cristianismo y de los Germanos, constituye la unidad y la grandeza del mundo moderno. Una parte de esa gran obra pertenece al monje que se atrevió á penetrar en los desiertos de la Germania allá por el siglo VIII.

#### § IV.—Conversión de los pueblos del Norte.

##### *San Anscario (1).*

La misión del imperio carlovingio era la de difundir el cristianismo por el mundo bárbaro. Carlos Martel y Pipino dieron el apoyo de su nombre al apóstol de la Germania. Carlomagno luchó durante treinta años con la raza indomable de los Sajones, y la conversión de los vencidos, manchada con la violencia, no aprovechó más que á su posteridad. Luis el Bondadoso, más afortunado que el gran conquistador, propagó el Evangelio por medio del pacífico trabajo de las misiones. El pusilánime hijo de Carlomagno ha sido zaherido, durante su vida y después de su muerte, como indigno sucesor de su padre. Hagamos justicia, cuando menos, á su celo en favor de la fe cristiana. Consideraba los intereses de la religión como el primer deber de un emperador (2), y la extensión del cristianismo tenía más precio, á sus ojos, que la gloria de las armas (3).

La Dinamarca se hallaba desgarrada por las facciones enemigas; uno de los pretendientes al trono pidió auxilios al rey de los Francos, y Luis el Bondadoso le exigió que abrazara el cristianismo, manifestándole que, si adoraba al Dios de los cristianos, la religión formaría entre ambos un lazo estrecho, y que el pueblo franco estaría dispuesto á

(1) La vida de San Anscario, apóstol del Norte, fué escrita con piedad y amor por su discípulo RIMBERTO (PERTZ, II, 683).

(2) *Præcept. de ord. monast.* (BALUZE, I, 675): *Imperatorii regiminis officio commoneamur, ut pro Ecclesie statu, atque sancte religionis augmento impigro semper vigilemus affectu... Postquam, Deo auspicio, imperium poternum suscepimus, studii nobis maximi semper fuit ut Domini Ecclesie, ejus magnificentia humilitati nostræ divinitus commissa, felicibus polleret successibus.*

(3) *Præceptum de Paganis ad Christianitatem invitandis* (BALUZE, I, 681).

marchar en su auxilio. A instancias del emperador, el príncipe abrazó el Evangelio con sus guerreros; Luis el Bondadoso buscó con diligencia algún piadoso personaje que pudiera acompañarle á Dinamarca y le fortaleciese á él y á los suyos en la fe cristiana; habló de ello en la asamblea de los grandes, pero ninguno de ellos pudo indicarle un hombre de celo bastante para emprender un viaje tan peligroso. Entonces Wala, abad de Corbia, dijo que él tenía en su monasterio un monje muy á propósito para la obra de la conversión, y que se llamaba Anscario. Llamado éste á la corte, declaró que estaba pronto á sufrirlo todo por el servicio de Dios. Los que acompañaban al abad Wala quedaron admirados de aquella resolución, y no comprendían cómo Anscario podía resolverse á abandonar su patria, sus parientes, los religiosos con los cuales había sido educado, para irse á meter entre pueblos desconocidos y bárbaros: trataban de disuadirle unos, otros le dirigían violentos reproches. Que se recuerde bien que el misionero iba á verse entre los terribles Normandos, los cuales habían ya esparcido el terror entre los Francos, y se admirará el valor de aquél y se comprenderá fácilmente la sorpresa y el temor de sus compañeros. Era tal ese terror, que el abad del monasterio no se atrevió á mandar ninguna de sus gentes para que acompañasen al atrevido misionero, toda vez que una orden semejante se creía equivalente á una sentencia de muerte. ¿Qué es lo que daba á Anscario fuerza para arrostrar peligros á los cuales no querían exponer á un esclavo? Una profunda fe que, en un espíritu dado al éxtasis, llegaba hasta el punto de creerse en comunicación directa con la divinidad. Y, en efecto, Anscario creyó oír una voz que le decía: "Vé y vuelve á mí coronado con la corona del martirio.", En medio de las angustias que le causaba el pecado y la debilidad de la naturaleza humana, solía exclamar: "¡Señor! ¿qué debo hacer para la remisión de mis faltas?", Y una voz le respondió: "Vé á predicar la palabra de Dios á los paganos", (1).

La misión fracasó en Dinamarca: la conversión del príncipe dinamarqués excitó contra él la animosidad de los guerreros del Norte, y se vió obligado á buscar un refugio en el imperio de los Fran-

(1) *Vita Anscarit*, c. 3, 9.

cos (1). Por ese mismo tiempo (829) llegaron á la corte de Luis el Bondadoso embajadores suecos, encargados, entre otras cosas, de declarar que muchas personas de su nación deseaban abrazar la religión cristiana, y pidiendo al emperador que les enviase sacerdotes para instruirlos, asegurándole que el rey les dejaría en libertad para predicar. Anscario aceptó esta nueva misión; y para protegerla, se le nombró arzobispo de Hamburgo, centro de la propaganda del Norte. Los terribles Normandos y el poder aún palpitante del paganismo estuvieron á punto de destruir todos los trabajos del misionero. Hamburgo fué tomada y reducida á cenizas; el incendio consumió la iglesia, los monasterios y la biblioteca, y Anscario perdió en un momento el fruto de sus largos trabajos; pero no perdió su confianza en Dios, y repitió con Job: "El Señor me lo ha dado, el Señor me lo ha quitado; bendito sea el nombre del Señor.", El mismo año, los paganos sublevados arrojaron de Suecia al sacerdote que había enviado Anscario. Pero en el momento en que todas sus esperanzas parecían desvanecerse, una visión celeste vino á fortalecer el ánimo del misionero: el abad Adelardo de Corbia se le apareció y le dijo que estaba llamado á llevar la luz del Evangelio hasta las islas más apartadas (2).

Luis el Bondadoso empleaba frecuentemente á Anscario como embajador, y el celo del misionero aprovechó aquellas relaciones para ganarse la confianza de un príncipe dinamarqués. Erico apreciaba á Anscario extraordinariamente; le permitió levantar una iglesia en su reino y predicar en ella la palabra de Dios. Cuando el misionero se decidió á reanudar sus trabajos apostólicos entre los Suecos, Erico le dió una carta de recomendación para el rey de Suecia. En ella le decía "que conocía perfectamente al servidor de Dios que el rey Luis le enviaba; que no había visto jamás un hombre tan bueno ni encontrado persona de tan grande buena fe. Por esto es por lo que le he permitido, añadía Erico, todo cuanto ha querido en mi reino para establecer la religión cristiana, y os pido que hagáis lo mismo, porque él no desea más que hacer bien.", El rey recibió favorablemente al misionero; pero le dijo que no podía concederle el permiso de predi-

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, p. 10.

(2) *Vita Ansch.*, c. 16, 25.



car el cristianismo sino con el asentimiento del pueblo, el cual tenía más poder que él en los asuntos públicos. En la asamblea se produjo una gran división; pero se levantó un anciano y exclamó: "Rey y pueblo, escuchadme. Nosotros conocemos ya el servicio de ese Dios y sabemos que es de un gran auxilio á los que en él esperan; muchos de entre nosotros lo han experimentado en los peligros del mar y en otras ocasiones: ¿por qué, pues, hemos de rechazar lo que sabemos que es útil y necesario? En otro tiempo iban algunos á Dorstat para abrazar espontáneamente esa religión, presintiendo que les sería ventajosa. Ese viaje en el día es peligroso á causa de los piratas; ¿por qué no hemos de aceptar un bien que íbamos á buscar á tanta distancia hoy que se nos viene á ofrecer á nuestra casa?...". El pueblo se dejó persuadir por el sabio anciano, y consintió en recibir á los misioneros (1).

Anscario tenía un espíritu contemplativo y propenso al éxtasis; durante toda su vida se dejó guiar por revelaciones interiores; gustaba de la soledad, y tenía una celda que él llamaba lugar de reposo y amiga de la tristeza, y allí se refugiaba cuando sus trabajos le dejaban un momento de descanso. Anscario debió vencer la pasión que le arrastraba á la vida contemplativa para anunciar la palabra divina á los paganos; tenía todo el fervor y toda la abnegación de un apóstol; su desinterés y su caridad le asemejan á San Pablo. Aquella alma fervorosa tenía por envoltura un cuerpo débil y flaco; su vida fué un largo martirio. La humildad del Cristo coronaba aquella santa existencia; solía decir á los que ensalzaban la virtud de los milagros que hacía: "Si yo fuese digno de que Dios se sirviese de mí para dar muestras de su poder, yo le pediría un milagro, el de que, por su gracia, hiciese de mí un hombre de bien," (2).

Anscario esparció las primeras semillas del cristianismo en el Norte, pero todos los esfuerzos del piadoso misionero no hubieran sido suficientes para hacerlas fructificar; en apoyo de la predicación evangélica tuvo que acudir la autoridad real, para extirpar el paganismo en la Suecia. Los reyes de Noruega emplearon la violencia para convertir

(1) *Vita Ansch.*, c. 26 y 27.—FLEURY, *Hist. ecl.*, lib. XLIX, capítulo 21.

(2) *Vita Ansch.*, c. 34, 35, 39, 40.

á los rudos hombres del Norte. Fué necesario el brazo del guerrero para vencer la resistencia de las poblaciones paganas de Dinamarca, y los Ottones, fieles á la misión del imperio del Occidente, se aprovecharon de sus victorias para consolidar allí el cristianismo (1).

Fuera del mundo germánico había aún otro inmenso grupo de pueblos, los Eslavos. En tiempo de Carlomagno se intentó ya convertirlos, pero la oposición de raza ofrecía un obstáculo invencible: los Eslavos veían en el misionero alemán un enemigo, un precursor de la dominación extranjera; así es que el cristianismo no penetró entre ellos más que á viva fuerza. La conversión de los Prusianos y de los Livonios fué también una guerra á muerte: aquellas no eran ya misiones, eran cruzadas. El cristianismo adoptó las fórmulas y procedimientos guerreros de los sectarios de Mahoma.

#### § V.—Juicio acerca de la conversión de los Bárbaros.

Hemos tributado justo homenaje á la santidad y al heroísmo de los misioneros, hemos rechazado las acusaciones inspiradas por el odio de secta contra la propaganda católica. Hay, sin embargo, una parte de verdad en la severa apreciación que los filósofos y los escritores protestantes hicieron de la obra de la conversión. Herder tiene razón en increpar las violencias que con demasiada frecuencia acompañaron la propagación del cristianismo: "¿Cómo fueron convertidas las naciones paganas? Generalmente con el hierro y el fuego, con guerras de exterminio... De ahí aquellas piadosas cruzadas cuyos despojos se repartieron los papas, los príncipes, los caballeros, los prebostes, los canónigos y los sacerdotes. Todo lo que no pereció fué reducido á la esclavitud, y en ella, tal vez, languidece en nuestros días..." (2).

¿Y qué religión es, exclama un historiador protestante, la que los misioneros predicaron á los Bárbaros? "Fórmulas teológicas cuyo sentido se ocultaba á los mismos predicadores: los milagros del Evangelio, y los más increíbles aun hechos por los santos y sus falsas reliquias, algunos actos

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, página 34 y siguientes.

(2) HERDER, *Idea sobre la filosofía de la historia*, XIX, 2.

exteriores de piedad, el ayuno, la continua visita á la iglesia, las ofrendas al clero y la obediencia pasiva á todo lo que él pudiera mandar. Hé aquí lo que había venido á ser la doctrina del Crucificado," (1).

A las supersticiones del cristianismo, añadidas, se mezclaron las supersticiones paganas. Los misioneros tenían orden de no contrariarlas demasiado; tales eran las instrucciones dadas por el papa Gregorio á los misioneros ingleses: "Hay que guardarse de no destruir los templos de los ídolos; conviene purificarlos y consagrarlos al servicio de Dios; porque, en tanto que la nación vea subsistir sus antiguos edificios de devoción, estará más dispuesta á frecuentarlos, por efecto del hábito, para adorar al verdadero Dios... Se dice que los hombres de esa nación tienen la costumbre de inmolar bueyes en sacrificio á sus dioses; conviene que esa costumbre se convierta para ellos en solemnidad cristiana, y que el día de la consagración de los templos transformados en iglesias, así como en las fiestas de los santos cuyas reliquias sean allí colocadas, se les dejen construir, como han hecho antes, cabañas de ramas y follaje alrededor de esas mismas iglesias; que allí se reúnan, que lleven allí sus animales, y que allí los sacrifiquen, no ya como ofrenda al diablo, sino para celebrar banquetes cristianos en nombre y en honor de Dios, á quien darán gracias después que se hayan saciado..." (2). Acomodándose al paganismo, los misioneros facilitaban las conversiones; pero el espíritu pagano subsistía bajo formas cristianas.

Todo eso es verdad, y, sin embargo, se haría mal en atribuir á los que dirigieron la obra de las misiones un sistema preconcebido de violencia, de superchería y superstición. La Iglesia misma, por medio de sus papas más célebres, ha rechazado la fuerza como medio de propaganda. Gregorio el Grande protegió á los Judíos contra las violencias de que eran víctimas; no se cansaba de recomendar á los obispos la dulzura y la caridad como los únicos medios legítimos y eficaces de conversión (3). El papa Nicolás, que mereció, como Gregorio, el nombre de Grande, dice que "si Dios hubiese querido usar de la violencia para convertir á

los hombres, la hubiera empleado él mismo, no pudiendo resistir la criatura á la omnipotencia del Creador. La fuerza no puede producir una obra agradable al Señor; y sin libertad no hay nada bueno," (1). ¿Por qué ha aprobado la Iglesia la conversión sangrienta de los Sajones? ¿Por qué ha dirigido las cruzadas contra los Eslavos? No hay poder humano que escapar pueda al imperio de las circunstancias y al espíritu dominante de una época. Cuando todo era guerra, la religión misma se hizo guerrera: hé ahí por qué sucedió que la religión de Cristo fuese propagada á sangre y fuego. Nosotros podemos y debemos protestar contra la violencia en la esfera de la religión; pero no increpemos á los hombres por haber tenido las ideas y las pasiones de su época.

El ideal del cristianismo, tal como le concebían Jesucristo y San Pablo, no ha sido jamás realizado ni aun en los primeros siglos de la Iglesia; y diremos más: no es realizable, porque tiende á separar completamente el espíritu del cuerpo, el hombre de la tierra. El cristianismo se vió obligado á acomodarse á la naturaleza del hombre y al genio de las poblaciones en que se fué desarrollando. Los antiguos no hubieran comprendido una religión puramente espiritual, y mucho menos los Bárbaros. Para impresionar el ánimo inculto y rudo de los Germanos, eran necesarios dogmas casi tan bárbaros como ellos. El anuncio de un reino espiritual hubiera ejercido poquísima influencia en hombres medio salvajes; los misioneros se apoderaron de su imaginación, impresionándola con los terrores del infierno: la caridad continuó velada, el temor prevaleció. Era aquello más parecido á la ley antigua que al espíritu del Evangelio; pero el cristianismo no podía producir efecto en los hombres del Norte si no era de aquel modo (2).

¿Podían los misioneros combatir de frente las instituciones de los pueblos bárbaros? El cristianismo era una educación, y á los niños se les dejaban ciertas creencias que se van desvaneciendo con el desarrollo natural de la razón. También la educación de los Bárbaros debía ser progresiva: "Arrancarlo todo á la vez de sus almas es imposible, dice San Gregorio; el que quiere llegar á la cumbre, debe ir subiendo por grados y no de un salto," (3).

(1) FLANK, *Obr. cit.*, t. II, p. 53.

(2) GREG. MAG., *Epist.* XI, 76 (t. II, p. 1176).

(3) NICOLAI, *Responsa ad consulta Bulgarorum*, c. 41. (MANSI, XV, 419). «*Omne quod ex voto non est, bonum esse non potest.*»

(1) GREG. MAG., *Epist.* I, 35, 47; XIII, 12.

(2) MONTESSQUIEU, *Espíritu de las Leyes*, s. XXXI, 2.

(3) GREG. MAG., *Epist.* XI, 76.



De esta manera, la fuerza de las cosas produjo todos los abusos que los filósofos y los protestantes imputan á los misioneros. Las circunstancias que acompañaron á la conversión contribuyeron á alterar el cristianismo plagándole de supersticiones germánicas. Se ha admirado mucho la facilidad con que los Bárbaros abrazaron el cristianismo; esa facilidad dependía frecuentemente de indiferencia ó de ignorancia. Los pueblos imitaban el ejemplo de sus jefes: 3.000 Francos acompañaron á Clodoveo al bautismo, como le acompañaban á los campos de batalla. Los Godos arrianos se hicieron católicos, porque á su rey le pareció bien cambiar la fe de Arrio por la fe de Nicea. En la heptarquía anglo-sajona, los pueblos adoptaron el cristianismo, le dejaron y le volvieron á tomar á ejemplo de sus reyes. El motivo que inspiró á los jefes bárbaros fué sin duda una vaga necesidad religiosa, una especie de instinto poco ilustrado; lo que ellos buscaban en el cristianismo era un medio más poderoso que los dioses paganos. La fuerza sola arrastraba á poblaciones que no conocían más resorte que la fuerza.

El venerable Beda refiere las deliberaciones de una asamblea de sabios anglo-sajones tratando de la adopción del cristianismo; sigámosle al centro del *wyppenagmot*. El rey Edwino expuso las razones que le habían movido á abrazar el cristianismo, y pidió el parecer de cada uno de los asistentes. El primero que habló fué el jefe de los sacerdotes: "Mi opinión, dijo, es la de que nuestros dioses no tienen ya poder; y hé aquí en lo que me fundo: no hay hombre que les haya servido con más celo que yo, y, sin embargo, estoy muy lejos de ser el más rico y el más honrado entre el pueblo. Mi opinión, pues, es la de que nuestros dioses ya no tienen poder." Un jefe de los guerreros se levantó en seguida y habló en estos términos: "Tú te acordarás quizá, ¡oh rey!, de una cosa que sucede algunas veces en los días de invierno, cuando estás sentado á la mesa con tus hombres de armas, con una buena lumbre, bien caliente la sala, pero que por de fuera llueve, nieva y hace viento: suele venir un pajarillo que atraviesa la sala de un vuelo, entrando por una puerta y saliendo por otra; el momento que dura aquel paseo está para él lleno de dulzuras, no sufre ni la lluvia ni el huracán; pero aquel momento es rápido, el pájaro ha huído en un abrir y cerrar de ojos, y del invierno

vuelve á pasar al invierno. Tal me parece la vida de los hombres en esta tierra, y su curso de un instante comparado á la longitud del tiempo que la precede y que la sigue. Este tiempo es tenebroso é incómodo para nosotros, y nos atormenta por la imposibilidad de reconocerle. Si la nueva doctrina puede enseñarnos alguna cosa un poco más cierta, merece que la sigamos," (1). Los discursos del guerrero y del sacerdote anglo-sajón nos dan á conocer los sentimientos que agitaban á los Bárbaros. ¡Y cosa singular! Es el guerrero el que expresa los vagos temores que inspira un porvenir desconocido; la vida actual está para él llena de atractivos, pero se espanta ante la idea de lo que sucederá después de la muerte. El sacerdote es el hombre del cálculo, el que abandona á dioses impotentes por un Dios de quien espera riqueza y poder.

¿Qué debía resultar de esa disposición de los ánimos? Una mezcla de cristianismo y de paganismo. Los Bárbaros atribuyeron á Jesucristo y á los santos las ideas groseras que se habían formado de sus divinidades, y el paganismo siguió imperando bajo formas cristianas (2). En vano fué que las leyes religiosas y civiles unieran sus esfuerzos para destruir las supersticiones que infestaban al cristianismo; las repetidas prohibiciones fueron impotentes. La lucha del cristianismo contra el paganismo continuó durante toda la Edad Media. En el siglo IX, el obispo de Brema se vió obligado á cortar todos los bosques sagrados de su diócesis para desarraigar el culto que el pueblo les continuaba prestando. El año 1133 se celebró en Aix-la-Chapelle, en Maestrich y en Tongres, la fiesta de Isis, presentándose las mujeres como bacantes más bien que como cristianas. En el siglo XV, se adoraba todavía la luna nueva en muchas partes de la Alemania (3). Aun en los tiempos modernos se encuentran vestigios de las supersticiones paganas. Dejando á un lado los hechiceros y las brujas, triste testimonio de la credulidad y de la crueldad del hombre, recordaremos los espíritus de las aguas, de los bosques y del hogar, que se mezclaban en los placeres y en los dolores de los mortales para

(1) BEDA, *Hist. ecl.*, II, 13, trad. de THIERRY.

(2) Pueden verse varios ejemplos de esa confusión de supersticiones paganas y de ideas cristianas, en W. MÜLLER, *Geschichte der altdeutschen Religion*, p. 110 y siguientes.

(3) MÜLLER, *Geschichte der altdeutschen Religion*, páginas 59, 131, 131.

compartir su dicha y aligerar sus cuitas, espíritus que se han retirado de un mundo sin fe y sin caridad (1), pero que continúan haciendo el encanto de la infancia (2). Las poblaciones de las campiñas se hallan aún en un estado que se parece al de la infancia; su religión no consiste más que en creencias supersticiosas. Y no basta, para explicar la

existencia secular de sus errores, la fuerza del hábito. Si el cristianismo es impotente para extirparlos, consiste en que en él mismo hay un elemento supersticioso; alimentando el espíritu con lo maravilloso, al cual es tan inclinado el hombre por su naturaleza, ¿cómo había de poder destruir el paganismo? La superstición no será desarraigada de las masas hasta que no se desarraigue de la religión.

(1) MÜLLER, p. 357, 370, 380, 382.

(2) Esto es lo que dice la tradición popular respecto de los espíritus de las selvas (MÜLLER, p. 383).